

Los últimos días de la República de Izquierdas

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS



algaida

**Los últimos días
de la República
de izquierdas**

**Los últimos días
de la República
de izquierdas**

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

algaida



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2024

© José Ángel Mañas e Íñigo Palencia Pulido (de las partes indicadas), 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-908-2

Depósito legal: SE. 1.685-2024

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



ÍNDICE

Nota del autor	9
Introducción	11
Primera parte	
Febrero 1936	
La victoria de Azaña	15
Y ahora, ¿qué va a pasar?	27
Segunda parte	
Marzo 1936	
Las izquierdas se mueven	45
Las cosas también están revueltas al otro lado de los Pirineos	57
No solo los socialistas están inquietos	69
Definitivamente, España no es Rusia	81
A propósito de Ortega y Gasset y otros hombres de letras	91
Las primeras semanas de la República de izquierdas	102
Tercera parte	
Abril 1936	
Cuarteles de invierno en plena primavera	119
Un problema llamado Niceto Alcalá-Zamora, presidente de la República	128

Tensa espera	138
Viva la república viva	146
Río revuelto y estrategias de pescadores	155
La candidatura de Azaña	171

Cuarta parte

Mayo 1936

El Frente Popular ante el futuro.	187
Detener la revolución	195
Azaña, presidente	206
La conspiración toma fuerza	217
Las preocupaciones de las izquierdas.	226
Un final de mayo agitado.	236

Quinta parte

Junio 1936

La huelga de la construcción que no se acaba	257
Prosigue la conspiración.	277
Enfrentamientos verbales.	291
Algunos tipos republicanos	303
La mecha está encendida	317

Sexta parte

Julio 1936

Preparativos de lo que vendrá	327
Calvo Sotelo y el teniente Castillo.	339
Un dragón emprende el vuelo	360



NOTA DEL AUTOR

El origen de este libro fue un folletón que me encargó escribir Pedro J. Ramírez, durante el otoño de 2015 y la primera mitad de 2016, para el diario *El Español*. Estábamos en vísperas del 80 aniversario de la Guerra Civil y la idea era recrear día a día lo que sucedió por aquellas fechas. La respuesta de los lectores fue tan positiva que, casi diez años después, ya acercándonos al 90 aniversario, he considerado que merece la pena publicar el conjunto. Siguiendo el consejo de mi editor Miguel Ángel Matellanes, se hará en tres volúmenes, de los cuales *Los últimos días de la República de derechas* fue el primero. Aclararé que los episodios en los que aparece mi abuelo, Pepe Mañas, son anécdotas reales de mi familia. La participación de Íñigo Palencia Pulido, en este volumen, se limita a los días 23, 26, 27 y 28 de febrero.

Sevilla la Nueva, 9 de junio de 2024.



INTRODUCCIÓN

En las elecciones de febrero, el Frente Popular, liderado por el republicano Azaña, ha arrasado frente a unas derechas que no han podido oponer, como en 1933, un frente homogéneo, dado que la CEDA se alió en algunas circunscripciones con monárquicos y carlistas y en otras con el centro derecha republicano, situación agravada por la presencia en las elecciones de una tercera opción centrista encabezada por el jefe del Gobierno, Portela Valladares.

Con una participación de más del setenta por ciento —la más alta de la Segunda República— las izquierdas, gracias a su ligerísima ventaja, han logrado una mayoría holgada. En espera de que se repitan las elecciones en Granada y Cuenca, con los consiguientes puestos vacantes, y mil embrollos en la comisión de Actas, la composición provisional de la cámara quedó así: la CEDA ciento y un escaños, el PSOE ochenta y ocho, Izquierda Republicana setenta y nueve, Unión Republicana treinta y cuatro, Esquerra Republicana de Cataluña veintidós, el Partido del Centro Democrático veintiuno, Comunión Tradicionalista quince, el Partido Comunista catorce, la Lliga Ca-

talana doce, PNV doce, Renovación Española diez, y a partir de ahí una veintena de formaciones se reparten el resto. Quizá lo más llamativo haya sido la práctica desaparición del Partido Radical de Lerroux, que ha pasado de ciento cuatro diputados en 1933 a los cinco actuales.

Con un panorama semejante, la tentación del golpe de Estado es grande y tanto Gil-Robles, líder de la CEDA, como el monárquico Calvo Sotelo o el propio general Franco, aún jefe del Estado Mayor del Ejército, han intentado presionar al Gobierno de Portela para que declare el estado de guerra y traspase el poder a las autoridades militares.

Sin embargo, todas estas gestiones han fracasado y, tras un precipitado relevo de poder, el nuevo jefe del Gobierno en funciones acaba de enviar a los principales generales antirrepublicanos —Mola, Franco, Goded— a las provincias más alejadas. Pero no adelantemos acontecimientos, y comencemos nuestro relato tras las elecciones generales de 1936.



PRIMERA PARTE

FEBRERO 1936

La papeleta electoral es el escudo de nuestra libertad, la defensa contra el cacique, la defensa del jornal, la defensa de vuestra libertad personal contra las palias, los tiros, los destierros y todo género de arbitrariedades municipales, provinciales y de Estado.

Manuel AZAÑA, en un mitin



HERALDO DE MADRID

Año XLVI.—Núm. 15.591 Administración, Marqués de Cubas, 5 Viernes 21 de febrero de 1936 Red y Talleres, Marqués de Cubas, 7 EDICION DE LA NOCHE

¡ACCION! ¡ACCION! ¡ACCION!

LA REPUBLICA DEL 14 DE ABRIL NACIO CON ALBOROZO

LA REPUBLICA DEL 16 DE FEBRERO HA NACIDO CON DOLOR

LAS DERECHAS SUFREN AHORA LAS CONSECUENCIAS DE SU OPRESION SALVAJE

RECUERDE EL GOBIERNO AZAÑA QUE LOS ENEMIGOS DEL REGIMEN HAN VULNERADO LA CONSTITUCION AL VOTAR LOS AUMENTOS DE HABERES DEL CLERO, LA RESTITUCION DE LOS BIENES A LOS JESUITAS, LA DEVOLUCION DE LAS FINCAS A LA LLAMADA GRANDEZA, ETC., ETC.

NO MAS EMPACHOS DE "JURIDICIDAD"

**UNA Y NO MAS
EL PRIMER DEBER DE LA DEMOCRACIA ES DEFENDERSE**

LAMENTACIONES MONARQUICAS

La culpa fué de aquél...
señor Gil Robles

Hay que evitar a toda costa la evasión de capitales y las maniobras de ciertas entidades bancarias

LA VICTORIA DE AZAÑA

Martes, 18 de febrero de 1936

La resaca electoral

Al morir la tarde, ya se sabía que aquella no iba a ser una noche tranquila.

A lo largo del día se sucedieron motines de presos en las cárceles. El pueblo pedía a voces la readmisión de los trabajadores despedidos con motivo de la revolución del 34. También, en alguna ciudad, UGT y CNT declararon una huelga general. Esa huelga, en Zaragoza, fue respondida por la declaración del estado de guerra por parte del general Cabanellas y la manifestación fue disuelta por la Guardia de Asalto. Balance: un muerto y varios heridos.

El ambiente en Madrid no era tan tenso, pero nadie esperaba que fuera apacible. La oscuridad se adueñó de las calles. El alumbrado público se encendió. Un cielo crepuscular se tiñó de violeta y rosa. Sin embargo, en el viejo poblachón manchego, en aquella ciudad de un millón de almas, nadie parecía dispuesto a retirarse. Las calles hormigueaban de gente. Hubo voceros del Frente Popular por doquier. El hermano

del fusilado Galán galvanizó a la multitud en Puerta del Sol. Otros enardecían a exaltados falangistas, indignados con el resultado. Y entremedias, anónimos viandantes se movían de un lado a otro, recabando información. Se saludaban temerosos y se comentaron los tiroteos que seguían produciéndose, pese a la presencia cada vez más palpable de militares.

La ciudad hervía con rumores que corrían de piso en piso, de corrala en corrala, de café en café. Nombres de generales y políticos conspiradores convencidos de que la vía política estaba muerta, salpicaban informaciones que a veces parecían inciertas y otras se consideraban hechos contrastados. Dando un paseo nocturno por General Ricardos, mi abuelo Pepe Mañas oyó lo que se decía en un corrillo.

—¿No os habéis enterado de lo de Franco y lo de Cuatro Vientos?

Alguien aseguró que Franco había pedido al inspector general de la Guardia Civil que influyera cerca del ministro para declarar el estado de guerra. Unos decían que había dado la orden de sacar la Guardia Civil a la calle y que esta, como en el 31, no se movía. Otros añadían que Gil-Robles irrumpió a las cuatro de la mañana en las habitaciones del Palace, para exigirle al todavía jefe del Gobierno saliente, Manuel Portela, que proclamara de inmediato el estado de guerra.

—¿Y por qué no lo hace todavía?

—Pues porque don Niceto (así llamaban muchos al presidente Alcalá-Zamora) se ha negado, y el ministro de la Guerra ha desautorizado a Franco.

Era sabido que, a media mañana, el general Goded había tratado de sublevar al cuartel de la Montaña. Se dispararon unos cuantos tiros en Cuatro Vientos, un lamentable fiasco. Pero se empezaba a saber que, tras fracasar, Goded se había reunido con el general Fanjul y que entre ambos le pedían a Franco que sondeara el espíritu de las guarniciones. Por suerte, se decía, al ejército le faltaba moral para sublevarse.

Pepe Mañas se encogió de hombros y mientras esquivaba al sereno, de camino a casa, consideró si había hecho bien en votar como hizo en la mañana del domingo.

Miércoles, 19 de febrero de 1936

El triunfador es Azaña

—Pues ya estamos. Gracias.

Al salir de su Chrysler, Manuel Azaña no escondía su alegría. Estaba cansado y no se le notaba. Esa mañana le despertó un telefonazo advirtiéndole que empezaba «lo de Cuatro Vientos». En realidad se trataba del mismo amago de sublevación del día anterior, lo del general Goded, solo que amplificado después de que el rumor rodara por todo Madrid durante la noche. Tras confirmarle sus contactos telefónicos en el Gobierno que no había de qué preocuparse, pasó la mañana en casa, hablando con medio país y únicamente a las cuatro de la tarde logró salir de su domicilio en Serrano y, escoltado por los hijos de su portero, meterse en el coche.

Para entonces, la casa se le había llenado de gente. Azaña, tras despedirse de su esposa Lola, salió en medio de una multitud que acompañó al vehículo, entre las protestas de su chófer, casi hasta Alcalá. En veinte minutos ya estaba a las puertas de palacio. Allí aguardaban centenares de republicanos llenos de curiosidad: ya se había corrido la voz de que Alcalá-Zamora le llamaba. Muchos sonreían con regocijo. Tras saludar, Azaña cruzó el patio de Armas y entró en el edificio. Allí se topó con Sánchez Guerra, secretario presidencial.

—Qué alegría verle otra vez por La Casa, señor Azaña. Mis funciones me han impedido manifestarle mi apoyo en algunas ocasiones, pero mi simpatía por usted ha sido constante —mintió el secretario.

Él y el líder republicano diferían en todo. A Sánchez Guerra, de ascendencia cordobesa, como el presidente de la República, le gustaban el flamenco, los toros y el fútbol (de hecho, llevaba ya unos meses presidiendo el Madrid Club de Fútbol). En definitiva, todo lo que desagradaba a Azaña. Solo los asemejaba la afición a la literatura. Pero eso, si acaso, suscitaba en el cordobés, novelista aficionado, unos celos secretos del prestigio a su juicio injusto de que gozaba Azaña entre dramaturgos y literatos.

—Bien, muy bien —murmuró Azaña, que no parecía dispuesto a dejarse halagar.

Esperó un rato antes de ser conducido al despacho de Niceto Alcalá-Zamora, en las habitaciones del duque de Génova, que daban al Campo del Moro. Don Niceto aguardaba en pie y se adelantó a su encuentro. Se dieron la mano. «Mis respetos, señor presidente», lo saludó Azaña, que lo encontró envejecido. Alcalá-Zamora volvió a hundirse en la butaca donde Azaña lo había visto por última vez hacía casi dos años. Guiñó los ojos. Habló con volubilidad un poco forzada. Tras las obligadas e intrascendentes preguntas por la familia («¿Qué tal Lola y su cuñado?», «¿Sigue su cuñado Cipriano en La Habana, con Margarita Xirgu?»), entraron en materia.

—Como sin duda sabrá, Portela Valladares se nos ha dado a la fuga. Ha dimitido. No quiere seguir ni un día más. Eso me dijo esta mañana, cuando lo normal hubiera sido demorar la dimisión y que el Gobierno aguantara por lo menos hasta la constitución de las Cortes.

—Ese es también mi sentir, presidente.

—Hoy, además, ni siquiera sabemos con exactitud cuál es el resultado electoral, ni qué mayoría tenemos. Falta igualmente repetir la elección en segunda vuelta en algunas provincias. Lo normal sería que, aun ganando el Frente Popular, no entraran ustedes en el Gobierno hasta dentro de unas semanas. Pero Portela es un hombre hundido, sin ánimo para

nada. Ha tirado el poder sin reparar en las consecuencias. Y así, nos vemos obligados a precipitar todo. En definitiva, le va a tocar a usted, don Manuel, formar Gobierno de inmediato —concluyó Alcalá-Zamora, procurando esconder su malhumor—. ¿Me puede avanzar qué propósitos tiene para los ministerios?

—Tres de Unión Republicana y los demás de Izquierda Republicana. Ningún socialista, presidente. Yo, por mi parte, no tomaré la cartera de Guerra. No es bueno compaginarlo con ser presidente del Consejo. Y como no veo con claridad a un político para ocupar el puesto, se lo encomendaré al general Masquelet, que tiene mi confianza. En cuanto a los demás, aquí le traigo la lista. Si lo desea, puedo leérsela.

—Excelente, excelente... Con alguien como usted da gusto trabajar —suspiró Alcalá-Zamora. Y esbozó una sonrisa tristonca.

Madrugada del jueves, 20 de febrero de 1936

Toma del Ministerio de Gobernación

Durante toda la noche, la gente siguió en la calle, celebrando el triunfo del Frente Popular. Tanta alegría recordaba a ratos el catorce de abril del 31. En la Puerta del Sol no cabía un alfiler. El pueblo madrileño esperaba que volvieran al balcón. Cuando ya bien entrada la madrugada se asomó Azaña, hubo un clamor ensordecedor. El hierático hombre de las gafas de carey contestó al rugido con una feble sonrisa; luego, desapareció en el interior del edificio. Allí se encontró a Amós Salvador Carreras, recién nombrado ministro de la Gobernación. Amós había estado hasta un par de horas antes, sentado a su mesa, rodeado de supuestos amigos, nombrando gobernadores interinos por teléfono.

—Buena tarea nos espera, señores. Los gobernadores de Portela han huido, abandonando las provincias. No hay autoridad en ninguna parte, y la gente anda suelta por las calles. Hay motines por doquier...

—Nos ha vuelto a tocar segar en verde —se lamentó Azaña, visiblemente agotado después del ajetreo de aquel día inacabable—. Esperaba haber tenido un tiempo para preparar el Gobierno, pero la estampida de Portela lo ha impedido. Es lo que tiene entregar el Gobierno a un pusilánime.

No continuó, porque entraba Carlos Echeguren, todavía subsecretario con Portela en Gobernación, y el director general de Seguridad. Echeguren venía de un cargo modesto en Melilla, donde acababan de derrotarlo como diputado. No tenía buena reputación entre los republicanos y eso se debía a que, en su momento, cuando los sucesos de Barcelona, cumplió la doble función de proteger y espiar a Azaña. Cada vez que se encontraba con un jefe de policía, preguntaba, medio en broma, cuándo asesinaban «al Verrugas». La frialdad de Manuel Azaña demostró su buena memoria y Echeguren supo que iba a ser destituido. Otra vez sonaron vítores en la calle: «¡Azaña, saluda al pueblo! ¡Vivan los bolcheviques!». Amos y Santiago parecían impresionados.

—Antes de que usted llegase, señor Azaña, la guardia sacó los caballos y dispersó a la gente, entre golpes y protestas. ¿Quiere que saquemos a los guardias a la plaza otra vez?

—No se preocupen. Yo recuerdo la noche del catorce de abril, cuando se proclamó la República, y también la del once de mayo, durante la quema de conventos. En comparación, les puedo decir que esto es una verbena. Ya verán ustedes cómo dentro de poco se van tranquilamente.

Cuando Manuel Azaña volvió al balcón de Gobernación, el estruendo fue inconmensurable. El ademán del futuro presidente consiguió que se fueran callando. Llevándose un

dedo a los labios, silenció a la multitud. Hasta que no cesó el último grito, no empezó a hablar.

—Pueblo de Madrid, sé lo entusiasmados que estáis con nuestro triunfo. Y creedme que comparto vuestra alegría. Pero ahora es el momento de disolveros tranquilamente, por favor. Disfrutad de la victoria, y permitid que todos disfrutemos de ella.

—¡Presidente! ¡Presidente! ¡Viva Rusia!

—No, señores. Viva Rusia, no. ¡Viva España! —respondió Azaña con contundencia.

Viernes, 21 de febrero de 1936

La alocución de Azaña

El *Ahora* era un diario gráfico republicano de línea moderada, centrista. Lo dirigía el periodista Manuel Chaves Nogales y el texto que estaba leyendo Ángel Navarrete, el mejor amigo de Pepe Mañas, era la alocución pronunciada ante los micrófonos de Radio Nacional, el miércoles por la tarde, a eso de las cinco, por el propio Azaña.

A todos los ciudadanos españoles, el Gobierno de la República se dirige con palabras de paz, como corresponde al poder legítimo de la nación, constituido en virtud de la voluntad manifestada en las elecciones pasadas. El Gobierno espera que toda la nación corresponda a los propósitos de pacificación, al restablecimiento de la justicia, de la libertad, de la vigencia de la Constitución y del espíritu republicano que él tiene desde la hora en que se ha constituido.

El Gobierno es el único ejecutor del programa político que ha servido de base a la coalición electoral. Nadie ignora que

ese programa comprende, en primer término, las decisiones necesarias para sanar las heridas causadas en el cuerpo nacional en estos últimos tiempos, y restaurar hasta los últimos efectos de las desventuras ocurridas. A este propósito, el Gobierno, en su reunión de esta mañana, ha dado ya las disposiciones necesarias para que hoy mismo se reinstalen los ayuntamientos populares suspendidos gubernativamente. Asimismo, se han dado instrucciones a los ministerios para que comience y se lleve a cabo con toda rapidez la reparación de las ilegalidades cometidas con los funcionarios públicos, restituyéndolos a los destinos de que arbitrariamente hayan sido privados, y se han hecho ya las primeras gestiones para que, en un plazo brevísimo, el anhelo de la amnistía, que nos ha llevado a todos a la contienda electoral, sea una realidad...

El Gobierno de la República tiene el convencimiento de que todos los españoles, sin distinción de ideas políticas y de puestos ya los ardimientos de la contienda electoral, muy legítimos, pero que deben terminar cuando la contienda cesa, cooperarán en la obra que el Gobierno trata de emprender bajo su responsabilidad exclusiva...

—¿Qué te parece, Ángel?

Ángel Navarrete alzó la vista. Era viernes y por primera vez, al amparo del alboroto producido por la victoria del Frente Popular, se sentía seguro para acercarse a la taberna. El tabernero, con total normalidad, le sirvió el vino que apuró de un trago. Luego le puso otro. A Ángel le acompañaban dos de sus primos; cada cual con un pistolón al cinto. Había habido algún incidente en la plaza de Brunete durante la primera noche, como en todas partes, cuando los partidarios del Frente Popular manifestaron, entre petardazos y voces, su alegría. Aun así, Ángel prefirió esperar todavía un par de días, antes de mostrarse.

Hoy ya se sabía que la Diputación Permanente de las Cortes estaba a punto de aprobar la amnistía de los treinta mil presos condenados por la revolución de Asturias. También se sabía que la mayoría de los militares represores, los colaboradores más cercanos a Gil-Robles, partirían a nuevos destinos periféricos que podían considerarse exilios.

La respuesta del sindicalista no pudo ser más lacónica:
—Insuficiente.

Y acabó la conversación, porque aparecieron sus otros primos a rogarles que volvieran a casa. El *Ahora* quedó abierto sobre la mesa, junto al pequeño taburete donde había estado sentado el cenetista.

Sábado, 22 de febrero de 1936

Dos catalanes en Madrid

—Ahora que han llegado al poder, no pararán, mi querido Pla. Para eso han ganado las elecciones, para ponerlo todo patas arriba.

El líder de la Lliga Regionalista, Francesc Cambó, y el periodista Josep Pla habían vuelto a reunirse en Lhardy. El famoso restaurante, con ser el favorito de Azaña, estaba medio vacío. Se veía que su clientela habitual se abstenía de la ostentación a la que tenían acostumbrados a los madrileños. Esa mañana, unos golfillos rompieron la luna de la pastelería en la planta baja. Y ahora, en la zona noble del restaurante, apenas había cuatro mesas ocupadas por gente que comentaba con preocupación los últimos sucesos.

—Mire a su alrededor, Pla. Se teme lo peor. Los hay que abandonan el país. Joan March, el banquero, ya está Francia. Todos temen por sus propiedades e incluso por sus vidas. Y yo no se lo reprocho. La culpa es nuestra. Dábamos las elecciones

por ganadas, y mire donde estamos, amigo Pla. Y ahora Gil-Robles les echa la culpa a todos los propietarios que bajaron sueldos y jornales tras el triunfo de las derechas... En fin.

La relación de Francesc Cambó, líder de la Lliga Regionalista, con José María Gil-Robles, presidente de la derrotada CEDA, se había suavizado paulatinamente. La crisis que los separó a raíz del apoyo de la Lliga al Gobierno interino de Portela había sido superada gracias en buena medida a los elogios que le lanzó después Cambó al suspicaz Gil-Robles. Eso permitió romper el hielo con vistas a unos acuerdos electorales de carácter estrictamente regional: un Front d'Ordre promocionado por la Lliga que había sido vapuleado por las esquerras de Lluís Companys. Los equilibrios del fundador de la Lliga esta vez no habían servido y, por primera vez, Josep Pla tuvo la sensación de que su jefe (Cambó era el dueño de *La Veu*) y amigo había perdido el norte o, por lo menos, ese olfato político infalible que había demostrado hasta entonces.

—Lo peor es que victoria del Frente Popular ha sido por la mínima —insistió Cambó—. Pero la ley electoral favorece al ganador con una bonificación excesiva de escaños, bien lo sabemos todos. Y con un Gobierno dimisionario, como el de nuestro común amigo Portela Valladares, a quien le ha podido el pánico, los distritos pendientes de una segunda vuelta caerán todos en manos de nuestros enemigos... Ha sido una catástrofe, Pla.

—Solo son unas elecciones.

—¿Solo unas elecciones, señor Pla? ¿Acaso no ha estado siguiendo la campaña electoral de Largo Caballero? Me temo que esta vez la revolución está a la vuelta de la esquina —continuó barrantando el político catalán, a quien, con el nerviosismo, se le descontrataba el tic del cuello—. Esta vez no se van a conformar con derrotarnos en las urnas. Van a asegurarse de que las derechas no vuelvan a ganar nunca unos comicios.

—Esperemos a ver, señor Cambó. En las campañas se dicen muchas cosas. Pero muy distinto es hacerlas. Recuerde que el presidente de la República sigue siendo don Niceto, y que el líder del Frente Popular es Manuel Azaña, no Largo Caballero. Hablamos de un hombre que vive en la mejor calle del barrio de Salamanca y que, además, es quien más ha apoyado siempre el Estatut. Todo tiene su parte positiva.

—Alcalá-Zamora es un cadáver político, Pla. Y a Azaña, usted mismo lo dijo, le ha ganado el ansia de poder. Ahora hará lo que sea por gobernar, por mantenerse, y nos pasará factura por nuestra colaboración con las últimas Cortes. La única posibilidad hubiera sido que quedasen en las izquierdas gentes sensatas como Julián Besteiro. Pero Largo Caballero no quiere a nadie que le haga sombra y lo tiene desplazado... Y ya vimos en la prensa las primeras medidas del Gobierno. El general Franco a Canarias, Goded a Baleares, Mola a Pamplona. Todos los que podrían hacer frente a una eventual revolución, degradados, alejados, menospreciados... No pierden el tiempo, no, estos señores del Frente Popular. Una amnistía para los asesinos de la revolución de Asturias y una reorganización de las capitánías, así han empezado. Y esa mujer, la Pasionaria, abriendo personalmente las puertas de la cárcel de Oviedo. Lo único positivo es que van a restaurar el Estatut. Claro que la Generalitat estará en manos de Companys. ¿Le puedo hacer una pregunta? ¿Por qué considera usted que hemos sido derrotados, señor Pla?

Josep Pla lo pensó unos momentos.

—Aunque sea aún pronto para sacar conclusiones, señor Cambó, creo que entre otros factores hablar de un Frente Antirrevolucionario de ir a la contra, con un mensaje negativo, no fue un acierto. Ir contra algo nunca es lo ideal en estas campañas. Pero sobre todo creo que el bloque gubernamental estaba desgastado, resquebrajado. En tan poco tiempo no se podía organizar una campaña en condiciones.

—Pues no será por falta de dinero. Jamás había visto Madrid tan empapelada. Ha habido más carteles de derechas que de izquierdas, y además eran de mayor empaque y mejor calidad.

—Eso no lo niega nadie. Si los votos se hubieran determinado por la cantidad y la calidad de la propaganda, las coaliciones de orden habrían arrasado, señor Cambó. Por desgracia, todos sabemos que el dinero a veces no basta —concluyó Josep Pla. Y se volvió hacia el camarero, que llegaba con los platos.



II

Y AHORA, ¿QUÉ VA A PASAR?

Domingo, 23 de febrero de 1936

Santiago Carrillo se va a Rusia

La única mesa de la casa se encontraba en la cocina. Los fogones eran toda la calefacción con que contaba el piso de ese edificio en el paseo de la Dirección. Los vecinos la llamaban la Casa del Barco, por la forma. Un micromundo de ochenta pisos, en medio de grandes descampados al norte de Madrid. Por eso, en invierno, la cocina era el lugar más agradable. Las asignaciones de los dirigentes socialistas no permitían mejores viviendas, como tampoco habían permitido a su hijo Santiago estudiar el bachillerato. En torno a la humilde mesa se desarrollaban las comidas familiares, y la de aquella noche fue especial, aunque nada lo delatara. Padre e hijo, Wenceslao y Santiago Carrillo, los dos en libertad después de un largo año de cárcel, apuraron en silencio un plato de caldo. Sus miradas se cruzaban sin ninguna palabra de por medio. Wenceslao sonreía, feliz de estar de vuelta en casa, orgulloso del compor-

tamiento de Santiago. Y el vástago bajaba los ojos hasta la sopa, evitando cualquier pregunta.

Era su séptima noche en libertad y Nora, la hermana mayor de Santiago, que hacía las veces de madre en la familia, les dejó preparado un cocido. Era también la primera vez desde su salida de la cárcel que cenaban juntos, por los constantes compromisos de ambos.

Los acontecimientos se precipitaban. Ya el domingo de las elecciones fue día de inquietud. Las noticias sobre la marcha de los comicios llegaron a la cárcel con cuentagotas. En la galería de los presos políticos circularon todo tipo de habladurías: que si los militares habían dado un golpe de Estado, que si acababan de fusilar a Largo Caballero y a Indalecio Prieto. Por la noche, los rumores de victoria de las izquierdas eran un clamor. Todos los presos esperaban la anunciada amnistía y no solo los que todavía no habían sido condenados, como ellos, que fueron los primeros en salir al día siguiente de las elecciones. Aun así, las manifestaciones fuera no cesaron hasta que el viernes veintuno, por fin, la Diputación Permanente de las Cortes aprobó, tal como estaba previsto, el decreto de amnistía.

El decreto se hizo efectivo el sábado. Y desde primera hora de la mañana los dos, Wenceslao y Santiago Carrillo, ya en libertad, se unieron al gentío que se congregaba a la puerta de la Modelo, esperando la salida de presos. Los nervios y la urgencia provocaron algún momento de tensión. Unos se atrevían a soltarles a modo de despedida cualquier lindeza a los guardias, pero la mayoría se limitó a reunirse con los amigos y familiares. Abrazos y lágrimas se sucedieron en la calle de Blasco Ibáñez.

Asunción o Chon, su actual novia, tampoco estuvo ese día con Santiago Carrillo. Ella era una chica sin ninguna inclinación política. Se habían conocido meses antes de la revolución de Asturias. A pesar del arresto, ella le esperaba, se habían escrito, había pasado por el locutorio.

HERALDO DE MADRID

Año XLVI.—Núm. 15.592

Administración, Marqués de Cubas, 5

Sábado 22 de febrero de 1936

Red. y Talleres, Marqués de Cubas, 7

EDICIÓN DE LA NOCHE

¡ACCION! ¡ACCION! ¡ACCION!

La amnistía, latido sentimental del pueblo, está promulgada

Ahora es necesario resolver con urgencia apremiante problemas de sentido práctico

TAMBIEN LOS QUE NO COMEN SON CONDENADOS A MUERTE

¡HAY QUE AMNISTIZARLOS INMEDIATAMENTE!

ESPAÑA, DESBORDANTE DE JUBILO POR LA LIBERACION DE LOS PRESOS



ATENCION AL ENEMIGO

La democracia vencedora debe estar atenta a los agguas provocadores. Porque es necesario repetir a los republicanos y proletarios que hasta a un entusiasmo se sitúan determinados elementos que intencionalmente siempre fácilmente demeritables, ¡son los culpables que están con el arma al alceado, el demerito que les permite a ellos— a sus instigadores—ganar las posiciones gananciales que poseerán siempre todo su veneno!

¡Cuidado! ¡No dejarse emboscar por estos agguas provocadores, sin estar alerta que el demerito del Frente Popular y de la República.

¡Unidos todos como un solo hombre!



También en Cartagena se lanzó el pueblo a la calle pacíficamente para demostrar su entusiasmo por el triunfo de los legítimos y reponer al Ayuntamiento del 12 de abril. (Foto Siles.)

Pero como su mundo no era la política, Santiago la prefería alejada. Ya habría tiempo para estar juntos. Antes, el partido lo reclamaba y, arropado otra vez por sus camaradas, la actividad del secretario de Juventudes Socialistas era frenética. Santiago Carrillo representaba a la perfección el papel de prisionero castigado por la injusticia de las derechas y liberado por el Frente Popular, y en uno de los actos celebrados en la Casa del Pueblo, donde tenían su sede, le propusieron viajar a Moscú. El objetivo: unificar las Juventudes Socialistas y las Comunistas.

Todavía no se lo había contado a su padre y evitaba mirarlo a los ojos. Tras la última cucharada de sopa, Wenceslao se levantó para lavar su plato. Como si acabara de recordar algo, de repente, se volvió y preguntó a su hijo:

—¿Cuándo me dices que piensas salir para Moscú, Santiago?

Lunes, 24 de febrero de 1936

El carnaval de la Villa

Este año casi nadie tenía ganas de carnaval. La asistencia a los desfiles, la presencia de máscaras, la participación de comparsas y rondallas, eran bajas. En los periódicos se habló de decadencia del festejo. Los madrileños no estaban para carnavales. Los cambios políticos y los desórdenes quitaban las ganas de divertirse. Había gente disfrazada, atractiva y grotesca a la vez, algunos niños vestidos de colores montados sobre el techo de los taxis. Pero, en general, el tono era rebajado.

Lo comentaron en Castellana dos mujeres que asistían al final del insípido desfile. Eran las primas de Pepe Mañas, dos huérfanas que vivían con él en Carabanchel y que eran como sus hermanas.

—¡Qué pena da este año todo, Rosa! Cuatro carrozas y tres máscaras. Y mira qué vacías las aceras. Cuatro gatos estamos aquí...

—Qué pena, sí, Inés.

—Pero ayer me han dicho que estuvo mejor. A lo mejor es el tiempo... —dijo Inés, encogida en su abrigo. Los transeúntes, alrededor, caminaban deprisa, azotada la cara por el viento.

—Todos los años hace el mismo frío y nunca ha sido motivo para que haya tan poca gente —dijo Rosa, la cascarrabias, la más dominante de las dos—. Que no estamos para carnavales. Que ya tenemos bastantes carnavales todo el año con esta República.

—No hables así, hermana. Parece que la República nos ha hecho algo malo.

—Ni malo ni bueno, Inés. Seguimos igual que en los tiempos de Alfonso XIII.

—No exageres, que algo bueno saldrá de esto.

—Sí, pero mientras tanto nos chafan el carnaval.

Rosa tenía razón. El desfile era deslucido. El número de carrozas era menor que otras veces. Algunas eran vistosas, como la titulada La Joya, donde una chica, una rubia oxigenada como se llevaba últimamente («una fresca», según Rosa), aparecía como la perla de una estrafalaria ostra gigante. Otra representaba la clásica cabeza gigante de un barbudo encapuchado. Las de detrás seguían la moda de los tiempos. Reproducían personajes de los cortometrajes de Disney, que se proyectaban en los cines antes de las películas y que ya disputaban la popularidad a los payasos del circo Price, aunque ninguno podía todavía competir con el celeberrimo Ramper. El incombustible payaso fue el único que arrancó los aplausos y las risas de los espectadores cuando pasó por entre las carrozas, con su inconfundible maquillaje y su traje de brillante color escarlata, montado en un minúsculo cochecito de pedales.

Ninguna carroza, en definitiva, sería recordada por su factura. Tampoco brillaron las comparsas ni las máscaras. Algunas tunas desfilaron entremedias tocando guitarras, bandurrias. La máscara que ganó el primer premio fue Novio y Novia. Su ingeniosidad consistía en que representaba una persona mitad mujer, mitad hombre. La mitad del cuerpo vestía traje de novia, con velo; la parte izquierda, la masculina, de novio.

—Qué lástima de desfile, Rosa.

El aire frío barrió a los escasos espectadores. Rosa e Inés, las dos primas de mi abuelo, se dirigieron, defraudadas, a la parada del tranvía.

¿Quién iba a decirles a los madrileños, a las gentes que por el frío y la falta de ganas no acudieron a presenciar el tradicional desfile de carrozas, que aquel deslucido carnaval sería el último que se celebraría en cuarenta y cuatro años?

Madrid, martes 25 de febrero

Mi querida Merche:

¡Qué alegría me produce tu última carta, y cuánto anhelo estar contigo! ¡Qué lejano se me antoja el verano! ¡Cuánto me apetece viajar a Ciudad Real, a visitarte!

Por aquí, el triunfo del Frente Popular ha vuelto a producir una algarabía parecida a la que yo recordaba cuando se proclamó la República. Quizá menos amable. Como de costumbre, son los más exaltados quienes se hacen notar. Hoy una muchedumbre arrancaba, entre risas de todos, el tremendo cartelón de la CEDA en la Puerta del Sol. «¡A por los trescientos... pedazos!». Eso voceaba un hombre encaramado que iba arrojando a la acera los restos del cartonaje. Es el espíritu.

Hay incontables manifestaciones y el otro día una delante de Gobernación pasó por Alcalá, frente a un edificio en construcción. Los manifestantes se pararon a invitar a los obreros a unirse. Uno, distraído, en los andamios, perdió pie y cayó, matando a un hombre. Hechos así y tiroteos nocturnos los hay a diario, aunque, por el momento, si Azaña es prudente y aprovecha el efecto balsámico de la amnistía, reconducirá la situación. En todo caso, se está apresurando, acuciado por la calle, a cumplir sus promesas.

En el plano familiar, recibimos mucho estos días a mi tío José, el sacerdote. Ya ha venido a comer dos fines de semana seguidos. Se interesa mucho por mi vida. Supongo que es normal, es mi padrino, pero me extrañan las preguntas sobre mis amistades en el barrio, y sobre mis relaciones contigo y con Ciudad Real.

Si no fuera porque nos va a casar y por eso entiendo que quiera saber de ti, tendría la impresión de que me está sonsacando.

También recuerda la época en la que padre era sacristán con él, cuando tenía la parroquia en Carabanchel. Dice que le gustaría verme más a menudo por la iglesia.

Cuando vuelvo a casa tras el trabajo, estudio hasta bien entrada la noche y mantengo la ilusión de sacar las oposiciones en la próxima convocatoria y poder casarnos.

Pienso en ti a todas horas,

Pepe

Miércoles, 26 de febrero de 1936

Historia de un decreto-ley

Esta va a ser la historia de un decreto-ley.

Sí, es verdad, el tema no parece muy atractivo, pero incluso las normas más insulsas tienen su historia y merece la pena, a veces, conocerla. La de este decreto-ley no comenzó el veintiséis de enero, sino un año antes: el dos de enero de 1935. Ese día, el Congreso aprobó una ley por la que suspendía la aplicación del estatuto catalán y destituía al Gobierno de la Generalitat como represalia por los hechos revolucionarios de octubre de 1934. Desde entonces los distintos gobiernos radical-cedistas del defenestrado Alejandro Lerroux y compañía, se negaron a restituirla en sus funciones.

El triunfo del Frente Popular terminó con aquello. Uno de sus principales compromisos electorales era restablecer la vigencia del Estatut. Por eso, de las primeras tareas a realizar por el Gobierno, fue esa. Socios y amigos y sobre todo Lluís Companys y los hombres de Esquerra, retenidos en Madrid (todos querían volver a Barcelona y tomar el ayuntamiento, si necesario por la fuerza), urgían a Azaña a cumplir su compromiso, pero el nuevo jefe del Gobierno se negaba a actuar fuera de la legalidad.

¿Qué ejemplo estaría dando, si a la semana de ganar las elecciones el Gobierno se saltaba la legalidad, derogando una ley aprobada en las Cortes un año antes? Había que encontrar otro sistema. Y lo encontraron.

La idea fue presentar al Congreso un proyecto de decreto-ley que modificara la ley de suspensión. De esta forma, el Gobierno no derogaba una ley del Congreso, sino que proponía al poder legislativo su modificación.

El momento elegido fue justo después de las elecciones, cuando las actas de los diputados aún se estaban discutiendo y la asamblea no comenzaba sus sesiones. Bastaba con la aprobación de la Diputación Permanente, órgano legislativo que suplía la ausencia del Pleno. Así empezaron los primeros contactos, recabando los apoyos necesarios. Era más fácil encontrar la mayoría necesaria para aprobar la norma en la Diputación, que en el Pleno.

La sesión quedó convocada para el día veinticinco de febrero. Algunos miembros no estaban en Madrid, por lo que, informados, mandaron telegramas con el sentido de sus votos.

El martes de carnaval, en fin, el Consejo de Ministros presidido por Azaña se reunió a las cuatro y media de la tarde. Tras una breve exposición, el proyecto de decreto-ley fue aprobado y preparado para ser remitido a la Diputación Permanente. El ministro de Estado, Augusto Barcia Trelles, fue el encargado de presentarlo.

La reunión se convocó a las seis y media. Antes del comienzo, el miembro del partido radical Santiago Alba, como presidente en funciones del Congreso, se reunió en su despacho con otros miembros de la Diputación.

El ministro de Estado presentó entonces el proyecto del Gobierno.

A renglón seguido Miguel Maura, fundador y cabeza visible del minoritario Partido Republicano Conservador, propuso una enmienda al texto por la que no solo se restituía la

Generalitat, sino que se permitía una nueva convocatoria de las Cortes catalanas, para que éstas, a su vez, nombrasen un nuevo gobierno regional, sin renovar en sus puestos a los destituidos.

La enmienda frustró en parte las intenciones del Ejecutivo, y Barcia no supo pronunciarse. De modo que la discusión se suspendió, a la espera de que el prudente ministro de Estado recabase la opinión del Gobierno.

Y de esta forma llegamos al día veintiséis, miércoles de ceniza, que fue cuando Barcia informó, efectivamente, en presidencia, de lo sucedido con la enmienda de Maura.

El Gobierno, liderado por Azaña, consideró aceptable la enmienda. La Diputación Permanente volvió a reunirse y, esta vez sí, el decreto-ley que restablecía el estatuto de autonomía catalán fue aprobado.

Y solo tuvo un voto en contra.

Jueves, 27 de febrero de 1936

La Primera y la Segunda República comparadas por José Ángel Mañas

Creo que se puede encontrar un gran número de analogías entre la Primera y la Segunda República. De entrada, parece importante subrayar que ninguna de las dos fue proclamada de forma violenta.

El propio Manuel Azaña, en la Puerta del Sol, se felicitó el catorce de abril de que a pesar de la multitud agolpada en las calles, todo transcurría sin incidentes. También el once de febrero de 1873, Castelar, desde el Congreso, prometió que no se moverían de allí los diputados hasta que se aceptara la república. No hizo falta a los republicanos del XIX salir a la calle para cambiar de régimen: la Primera República fue proclamada de manera incruenta.

Y si es notable la inestabilidad de los gobiernos de la Segunda República, la velocidad a la que se sucedieron los de la Primera no le iban a la zaga. En los once meses que duró el primer ensayo republicano hubo cuatro ejecutivos distintos: Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar ocuparon, sucesivamente, la presidencia, sin lograr estabilizar el régimen.

Ambas repúblicas amnistiaron a los presos políticos.

Y si en la Segunda la rivalidad se polarizó en torno a Azaña y Gil-Robles, en la Primera desempeñaron ese mismo papel Pi y Margall y Castelar. Los dos pertenecían al mismo partido, ciertamente, pero representaban concepciones opuestas del republicanismo. Pi y Margall, ideólogo del federalismo, más a la izquierda, abogaba por una república federal. En cambio, Castelar era partidario del Estado unitario.

Tanto la Primera como la Segunda República supusieron un importante cambio en la organización territorial. Es cierto que en 1873 aún no existían demandas nacionalistas, más allá del carlismo en el norte de la península, si es que a eso podemos llamarlo nacionalismo.

Sin embargo, en el proyecto de Constitución de la Primera República, redactado en tres días por Castelar, el Estado se configuró de manera federal, abriendo la puerta a todo tipo de reivindicaciones y añoranzas futuras.

Parece claro que esa es la razón por la que, desde entonces, república, en España, como forma de gobierno, es sinónimo de descentralización, a pesar a que en la monarquía constitucional actual hayamos llegado al mayor grado de descentralización de nuestra historia.

Y si tomamos una fecha de 1936 al azar, por ejemplo el veintisiete de febrero, sin ir más lejos, recién restablecido el estatuto de Cataluña, vemos que la Segunda República estaba haciendo frente a las mismas amenazas que sesenta años antes acabaron con la Primera: el Ejército, siempre preocupado por la cuestión de la unidad, ya conspiraba para acabar con

Los últimos días de la República de izquierdas

En febrero del año 1936, una coalición de partidos de izquierdas, llamado Frente Popular, ganó las últimas elecciones celebradas en la II República Española. Se inicia así el período más controvertido —al menos desde el punto de vista historiográfico— del régimen de 1931, y que tras unos meses desembocará en la Guerra Civil.

En *Los últimos días de la República de izquierdas*, J. A. Mañas narra con rigor de historiador y amenidad de novelista cómo sobreviene el final de una época y de un régimen. Casi a manera de diario, los personajes más importantes de la España de entonces cobran vida en un texto de no ficción escrito con la agilidad que caracteriza la obra de J. A. Mañas.



ebook
DISPONIBLE
algaida